EL REGRESO DEL BIEN

Crónicas de la visita de León XIV · Primera entrega

LEÓN XIV VINO A REHABILITAR EL BIEN

Confesión de un hombre que no se define por la fe y que, sin embargo, estos días sintió la emoción del bien

Federico González — Desarrollismo Inteligente del Siglo XXI



El Papa León XIV escuchando a Marta, una residente del Cottolengo Don Orione

Esperaba un mensaje. Sabía que un líder religioso, cuando le habla a un país herido, pronuncia inevitablemente un discurso político y social, aunque no nombre a nadie. Para eso estaba preparado: para escuchar, para pensar, para coincidir o disentir. Para lo que no estaba preparado era para emocionarme.

No me definiría como un hombre de fe. Lo cual no quiere decir que no tenga alguna, de esas que no figuran en los catecismos. Pero nunca me había pasado algo así: sentir una conexión tan honda con un líder espiritual. Algo se encendió. Una luz mansa, sin estridencia. Tardé un par de días en encontrarle nombre. Era la presencia del bien. Y la presencia del bien produce una emoción propia, que no es exactamente alegría, ni

ternura, ni admiración, aunque tenga algo de las tres. Es más honda y más quieta. Un sosiego que ilumina. La llamaré, a falta de mejor nombre, la emoción del bien.

Sentir el bien

El bien es un valor, de acuerdo. Pero es también otra cosa, anterior a cualquier tratado de ética. Los fenomenólogos nos enseñan que no somos primero una mente que después se asoma al mundo: estamos desde siempre metidos en él, y siempre en algún estado de ánimo. Heidegger llamó a eso temple de ánimo, y quiso decir algo muy simple: el miedo vuelve amenazante cada esquina, el tedio aplana todas las cosas, la alegría las enciende. El ánimo no es un adorno de la experiencia. Es el color con que el mundo se nos presenta.

Acaso la emoción del bien sea uno de esos estados, y el más alto. Una manera de estar en el mundo que aparece cuando uno se encuentra frente a alguien que encarna el bien, y por la cual el mundo, de pronto, se vuelve habitable. Como si las cosas recuperaran su peso justo. Como si el alma, que andaba a la intemperie, encontrara reparo.

Hay en ella algo sagrado. Algo místico, también, en el sentido más sobrio de la palabra: la certeza súbita de pertenecer a algo más vasto que uno. El bien es humano, porque sucede entre dos personas, en un gesto, en una mano que se tiende. Pero es a la vez cósmico, como si en ese gesto mínimo el universo entero se pusiera, por un instante, en orden. Y es divino, aun para quienes no sabemos bien a quién agradecerlo.

Me vuelve, a modo de reminiscencia, un título de Viktor Frankl: *La presencia ignorada de Dios*. El psiquiatra vienés que sobrevivió a los campos de concentración y fundó la logoterapia sostenía allí que en todo ser humano, incluso en quien se declara no creyente, late una espiritualidad inconsciente: una relación con lo trascendente que permanece oculta, ignorada por el propio sujeto, y que sin embargo lo habita. Tal vez sea eso. Tal vez la emoción del bien sea el instante en que esa divinidad ignorada que nos habita se deja, por fin, reconocer. Eso fue lo que me pasó frente a León XIV. No pensé el bien. Lo sentí.

¿Qué tenía este hombre para producirlo? No fue la elocuencia. Fue otra cosa. Sencillez. Bonhomía. Y algo más raro todavía: transparencia. Sartre, ya a los setenta años, en una larga conversación con Michel Contat, imaginó una sociedad en la que

nadie tuviera secretos para nadie, en la que cada uno fuera transparente para los demás. Lo decía como utopía. Viendo a León XIV recorrer el Cottolengo de Claypole pensé que las utopías a veces mandan un adelantado: un hombre que parece ser por dentro exactamente lo que es por fuera. Un hombre sin doblez. Hay algo de misterio en que la palabra justa para nombrarlo me la haya prestado un filósofo que no creía en Dios. Quizás el bien no pregunte por credenciales.

El extravío

Esa luz llegó, además, en un momento preciso: cuando los argentinos andábamos quebrados y perdidos. Y aquí me permito corregir al catecismo. Nuestro pecado original no es el que heredamos, sino uno que cometimos. En algún momento abjuramos del bien.

No fue ahora. Viene de lejos y es más vasto que la política: es cultural. Lo escribí hace un tiempo, en un texto que titulé *Tiempos desangelados*: «Quizás hubo un día en que renegamos del bien». Y arriesgaba allí una explicación que sigo creyendo cierta: confundimos el auténtico bien con algunas torpes caricaturas de un bien degradado, el de lo opresivo del deber ser, y al tirar la caricatura tiramos también el original. Cuando todavía no existía la palabra, decidimos que el bien no era cool.

Lo que siguió fue una larga adolescencia tardía. La transgresión, el narcisismo y el egocentrismo fueron nuestros nuevos fetiches, y el boliche tecno, su templo: el reino de una frivolidad exasperante. Aprendimos el vacuo arte de trastocar la virtud en defecto y el defecto en virtud. Nos burlamos de la debilidad y de la culpa. Abjuramos de la piedad, del altruismo y del respeto, convencidos de habernos liberado de algo ancestral y opresivo. Y, lo peor, nos jactamos de ello.

En otro texto la llamé *la mueca cínica*: un cinismo «que pretendió ser inteligencia cool» y que era apenas un atisbo de la nada. Un error del alma. Porque sucede que las máscaras tienen una propiedad incómoda: «coqueteamos tanto con el mal que se nos pegó su máscara». Acaso alguna vez necesitáramos, en efecto, perder una inocencia infantil. Pero algo salió mal. Quisimos dejar de ser ingenuos y terminamos dejando de ser buenos, que es otra cosa. Fue entonces, escribí, cuando perdimos al ángel de la guarda. Y nuestro sol.

El permiso

Y después vino lo que vino, y hay que nombrarlo. Para entenderlo sirve la vieja tríada que la tradición académica le atribuye a Hegel: una tesis, una antítesis que la niega y una síntesis que las supera a ambas. La tesis fue un clima de época en el que querer estaba mal visto: desear progresar, ganar, tener, era casi una falta que convenía disimular. La antítesis fue Javier Milei, que vino a reivindicar el derecho a querer, a desear. A demostrar que no es pecado tener ambiciones, que no es pecado querer progresar económicamente. Y había allí algo atendible, que sería deshonesto negar.

Pero la síntesis nunca llegó. Porque al final no se trataba de la libertad de desear. Se trataba de la libertad de que el otro no importe. Del permiso para el bullying. De la licencia para hacer sufrir y, acto seguido, festejarlo. Aquella jactancia de boliche, que parecía un pecado venial de la cultura, se sentó en el poder. A veces fue la crueldad, a veces la jactancia, a veces ambas cosas: el daño primero y el alarde después.

Pero lo más grave ocurrió en nosotros como sociedad. El bien quedó en offside. Parecía que no tenía derecho, que no tenía permiso. Millones de "argentinos de bien" (Milei dixit) se quedaron encerrados en una perplejidad de la que no sabían salir: ya no podían defender lo obvio sin sentirse un poco ridículos.

Pero debajo de la máscara algo persistía. Creo que en el inconsciente colectivo de esta sociedad latía, callada, una nostalgia del bien. La nostalgia es eso: el dolor por una casa que se cree perdida. Éramos buenos, aunque pensábamos que no debíamos serlo. Éramos buenos, aunque nos habíamos extraviado en confusos cantos de sirena.

León XIV fue el mago que deshizo el maleficio. El maleficio de la máscara cínica, que de tanto usarla habíamos naturalizado hasta confundirla con el rostro. Lo deshizo sin gritos y sin enemigos. No lo dijo en una única sentencia: lo dijo de mil maneras, en cada gesto, en cada palabra, en cada silencio. Que el bien es el bien. Que el mal es un error del alma. No es casual que esa idea habite en él. León XIV es agustino, y San Agustín enseñó que el mal no tiene sustancia propia: es una privación, la ausencia de un bien que debía estar, del mismo modo en que la oscuridad no es una cosa sino la falta de luz. La idea tiene una consecuencia práctica enorme. Si el mal es una ausencia, no se lo vence a los gritos. Se lo vence con una presencia. Con una luz. Y eso fueron estos días: una presencia. Ante ella, la nostalgia del bien se reveló en plenitud.

La escalera

Tal vez convenga imaginar la virtud como una escalera. En lo más alto está el altruismo sacrificial: el de quien se despoja de un bien propio en favor del bien ajeno, en nombre de una causa. En lo más bajo, la perversión psicopática: el de quien goza con el dolor del otro. Entre ambos extremos hay infinitos peldaños, y justo en el medio, uno que parece neutral: la indiferencia.

No lo es. La indiferencia no es un descanso de la escalera, es el primer escalón hacia abajo. De la indiferencia se pasa a la insensibilidad, y de la insensibilidad a la maldad hay menos distancia de la que nos gusta creer. Ser insensible ante el dolor ajeno es una de las formas sutiles del mal. No es el mal activo. Es el mal pasivo, que tiene la ventaja de dejar dormir.

La parábola del buen samaritano, en el Evangelio de Lucas, lo sabía hace dos mil años. Un doctor de la Ley le pregunta a Jesús quién es su prójimo, y Jesús, en lugar de definir, cuenta una historia. Un hombre bajaba de Jerusalén a Jericó y cayó en manos de unos asaltantes, que lo despojaron, lo golpearon y lo dejaron medio muerto al costado del camino. Pasó por allí un sacerdote: lo vio y siguió de largo. Pasó después un levita, servidor del Templo: lo vio y también siguió de largo. Eran, justamente, los dos hombres de quienes cabía esperar la ayuda. El tercero fue un samaritano, es decir, un extranjero mal visto, casi un enemigo para quienes escuchaban el relato. Él se detuvo. Se conmovió, le vendó las heridas, lo cargó en su propia cabalgadura, lo llevó a una posada y dejó pago el alojamiento.

Lo notable es dónde pone el acento la parábola. Los asaltantes ocupan apenas un renglón. El sacerdote y el levita, en cambio, quedaron retratados para siempre, y eso que al herido no le hicieron nada. Ese es exactamente el punto: no le hicieron nada. De allí una conclusión incómoda: no hacer el bien cuando podríamos hacerlo es acaso una de las formas embrionarias del mal, como se verá enseguida. Francisco, el Papa argentino, le puso nombre contemporáneo a ese paso de largo en Lampedusa, en 2013: la globalización de la indiferencia.

Más allá de la empatía

Hoy suele hablarse mucho de la empatía. Tanto, que se volvió un commodity Psi, una palabra que se usa para todo y por eso ya no dice casi nada. Prefiero la palabra “Bien”. Pero si vamos a usar la otra, usémosla con precisión, porque encierra tres aspectos distintos.

La primera es la empatía cognitiva, lo que los psicólogos llamamos teoría de la mente: la capacidad de representarse qué piensa y qué siente el otro. Es una virtud, acaso intelectual, y es además la condición necesaria de la empatía del bien, de la que hablaré a continuación: nadie puede conmoverse por un dolor que no alcanza a comprender. Pero en sí misma no es todavía una potencia ético - moral. Comprender al otro no obliga a nada. La segunda es la empatía afectiva, el co-sentir: conmoverse con el dolor ajeno. Es lo que nombra la etimología de compasión, padecer con. Es el «mi más sentido pésame». Vale mucho, y sin embargo se queda corta cuando no pasa de la declaración o de la conmoción silenciosa, cuando no se traduce en acción. Porque existe una tercera, a la que llamaría solidaridad empática o, mejor aún, compasión actuante: la que ya no pregunta qué siento, sino qué voy a hacer. Me conmuevo mucho, pero no hago nada: he ahí el retrato de una época. Lo dice, como al pasar, un viejo refrán castellano: obras son amores, que no buenas razones. El amor se prueba en los hechos, no en los discursos.

El samaritano no pasó a la historia por lo que sintió. Pasó por lo que hizo. Y la parábola no termina con una reflexión, sino con una orden: «Ve y haz tú lo mismo».

Eso vino a recordarnos León XIV: la pasión por hacer por el otro. En Claypole dijo que el progreso de una nación se mide también por cómo recibe a sus personas con discapacidad. Lo dijo en el Cottolengo, entre quienes lo hacen todos los días sin cámaras. Y confieso que ahí lo político y lo social del mensaje pasaron, por un momento, a un segundo plano. Porque la figura pasó a ser el hombre que lo decía. Y esa emoción, otra vez. La del bien cuando se deja ver.

Acaso un proyecto de desarrollo sea, en el fondo, eso mismo llevado a escala: empatía activa organizada. El samaritano venda al herido; una nación seria, además, vuelve seguro el camino. Pero esa es materia de las próximas entregas.

La nostalgia

No sé si soy un hombre de fe. Tampoco diré que estos días sentí que algo se me destrabó, porque, en lo que a mí concierne, nunca me sentí trabado. Lo que sentí fue otra cosa. Hay quien se proclama el primer presidente libertario de la historia, y desde ese título libró su batalla cultural contra los zurdos, los débiles, los que piden, los que no llegan. Estos días conocimos a otro libertario, pero de signo inverso. León XIV fue, paradójicamente, también un libertario: un libertario del bien. No vino a liberar el desprecio. Vino a liberar al bien del rincón donde lo tenía acorralado esa ominosa,

cruel y absurda batalla cultural mileísta, eufemismo que sirvió de patente para el vano ejercicio de la impiedad gozosa. Uno vino a liberar las fieras. El otro, a liberar la gracia.

Alguna vez renegamos del bien. Alguna vez creímos que era cosa de ingenuos. Alguna vez perdimos al ángel y al sol. Quizás no fuera para siempre. Quizás el bien nunca se haya ido, y aquello que nos dolía sin nombre era su nostalgia. Toca recordarlo, reivindicarlo, rehabilitarlo. Nadie lo hará plenamente por nosotros. Pero estos días el maleficio se deshizo, y supimos cómo se siente. Seguíamos siendo buenos. Solo nos faltaba el permiso para actuar como tales.

Gracias, Papa León XIV. Gracias. Infinitas gracias.

Esta es la primera entrega de «El regreso del bien», una serie de crónicas sobre la visita de León XIV a la Argentina. Las próximas se detendrán en el Cottolengo de Claypole, en el encuentro con el mundo del trabajo en la UCA y en la vigilia con los jóvenes.